

cuarto de la enferma. Abrióle, sonriente, la enfermera, la puerta y desapareció, luego, junto con el médico.

Penetró el oficial en la blanca habitación y avanzó hacia la cama.

—¡Carmen!—exclamó, apoderándose de las manos de la joven, llevándoselas a los labios, imprimiéndoles un beso todo ternura.—Carmen, amor mío, lo sé todo; tu sacrificio tan grande...

—¿Quién te ha dicho...?

—Tú, ayer en tu delirio. ¡Cuánto te debo haber hecho sufrir, Carmen amada! ¿Me perdonarás?

Carmen le miró y en sus ojos se leía todo el ardor y el cariño que debía lucir en las pupilas de la princesa mora de aquel ensueño suyo, que en el lago de Lucerna contó al joven, mientras la barca se deslizaba placidamente por el plateado lago iluminado por la luna, y dijo tan sólo:

—¡Te quiero!

LILIA CERVERA MARTÍNEZ

Agosto de 1925.



"Felip Palma"

(Palmira Ventós)

«Felip Palma»

(Palmira Ventós y Culell)

1858 a 1916

Artista por temperamento y escritora por intuición, fué esta mujer ilustre; por su talento y por su obra, digna de figurar en la escuela realista de nuestra época.

Por los años de 1902 y 1903 Palmira Ventós, ya en plena edad madura, publicaba sus primeros cuadros de costumbres, en la revista «Joventut» y no tardó en hacerse una sólida reputación en el mundo de las letras. En la «Biblioteca Popular de l'Avenç» aparecieron en 1904 sus cuentos rurales con el título de «Asprors de la Vida» y, en 1907 su novela «La Caiguda», que aquí damos a nuestros lectores.

Inéditos han quedado sus trabajos en prosa «Visions d'un Paratge» y parte de una novela titulada «La força del passat» y el plan y primer acto de una obra dramática en dos actos: «L'onada».

Personalidad original e inconfundible, tiene «Felip Palma»; su visión del natural es fuerte y espontánea porque siente y observa por cuenta propia. Describe dentro del tipo de la narración realista, su frase es tan lacónica que aparece como falta de técnica y, no obstante, vibra en su verismo ingenuo, y la observación suya es tan aguda y justa, que nos da la síntesis de los momentos más dramáticos de la vida.

Quizá por ello fué Palmira un gran «autor» dramático y nos dejó en su obra «Isolats» uno de los dramas más hondos y perfectos del moderno teatro catalán.

Era ampurdanesa y su léxico pertenece en absoluto a dicha región.

«La mujer triste», habla yo llamado a esta leal amiga, cuya modestia y voluntario aislamiento de toda exhibición literaria, menguó el aprecio de su valor positivo, aun entre los intelectuales de su hora. Sin embargo, hoy sobrevive al olvido, por su obra tan humana y sincera, que asume la belleza del arte inmarcesible.

Fué un alma grande, dolorosa y apasionada; de clara inteligencia, muy serena en sus juicios y firme en sus opiniones y afectos; aunque permaneció ajena a toda «deformación profesional», su lugar es definitivo entre las grandes figuras de la literatura y dramática contemporáneas.

CONDESA DEL CASTELLÁ

LA CAÍDA

Era el 31 de diciembre, día de recuerdos y añoranzas de uno de los inviernos más crueles en que el huracán agota las aguas del mar, que ronan como fieras anunciando terribles peligros o siegan con su aliento helado vidas y más vidas.

Había nevado. Eran las cinco de la tarde; la campana de la ermita de Santa Ana, que se columbraba en la cima de un otero, a corta distancia del pueblo, tocaba a rosario.

Un repique más prolongado que los anteriores, seguido de un toque seco y fuerte, señaló el comienzo del rosario, con o sin feligreses.

—Por la señal de la Santa Cruz—dijeron, santiguándose, los dos viejos, bajando gradualmente el tono alto en que empezaron, hasta confundirlo con los silbidos y gemidos del levante que soplabá furioso fuera del templo.

—*Ave Maria gratia plena dominus tecum*—siguió diciendo la voz del viejo, arrodillado delante del altar, con la cabeza baja, dándose furiosos golpes de pecho, que resonaban como si los diese a un cajón vacío.

—*Benedicta tu in mulieribus...*—respondió no la voz nasal de contralto de su mujer, sino dos sonidos aflautados, acompañados del requeteo de esquila mientras sus espaldas recibían una serie de golpes dados con una vejiga hinchada, con tal algarabía, que la ermita parecía oscilar.

Fué tal el asombro y espanto de los viejos, que no se atrevieron ni a moverse de la posición en que estaban. Encogidos y quietos, instintivamente se habían cogido de la mano lo más estrechamente posible.

Dos risotadas frescas y juveniles les despertarían a la realidad, sacándoles el miedo del cuerpo.

El abuelo, iracundo ante la irreverencia, que en los cuarenta años que andaba de la hermita, no había presenciado aún, cogió, no encontrando a mano otra arma, el apagaluces, para perseguirlos, y la vieja, reconociendo en seguida que los autores de la burla no eran otros que el travieso Manuel del Texidor y el demonio de la hija de Pi, se levantó ligera para alcanzarlos, puesto que se lo tenía jurado hacía tiempo.

El terremoto que armaron los cuatro, dentro del ámbito reducido del templo, fué terrible.

Cansados, al fin, los rapaces pusieron pies en polvorosa desapareciendo cuesta abajo, seguidos de los gritos y quejidos de la ermitaña y del rechinar de la puerta, que se cerró rabiosamente.

Ebrios, como iban, de travesura, no les bastó la que acababan de cometer, y el silencio y reposo que otra vez se había hecho dentro y fuera de la ermita, se vio de nuevo interrumpido por otro alboroto de gritos y portazos.

A la entrada del pueblo, les cortó el paso el paredón de una casa en ruinas. El deseo que les invadía de seguir cometiendo barbaridades les empujó a encararse en ella y seguir, desde aquel sitio peligroso, su concierto de cencerro y risotadas.

Principiaron a volar por el aire algunos copos prematuros de nieve. El frío de su aliento fué apagando la fogosidad juguetona que sentían.

—¡Mira, Letes, cómo nieva! Huyamos—dijo el rapaz, anudándose al puño el cordel que sujetaba la vejiga y preparando con precaución el descenso de la pared.

La chiquilla, más pequeña pero más valiente y traviesa que él, ligera y resuelta, sin pensarlo un solo momento, se tiró de un salto cayendo derecha al suelo.

Manuel, miedo e indeciso, con las cejas arqueadas y los ojos abiertos de par en par, ponía todo su genio.

La bajada era peligrosa. Un grito de la muchacha amenazándole con abandonarle, le obligó a volver la cabeza; el movimiento lo lanzó al espacio, dando con su cuerpo sobre un montón de piedras gruesas y picudas.

El golpe le arrancó un grito agudo y un gemido doloroso, dejándole casi exánime.

Ayudado por la muchacha, que sin hacer caso de su queja le daba prisa para marchar de allí, se levantó lloriqueando y padeciendo las de Caín al querer enderezar de nuevo la espalda. Lo mejor que pudo, apoyado en su compañera, empezaron a andar despacio. El chiquillo se había lastimado gravemente.

La nevada se hacía cada vez más espesa y el cielo iba de nuevo intensificando su obscuridad.

Sucios, calados, llenos de barro hasta las rodillas, llorando el chicuelo y serpeando, reventada la vejiga, y la rapaza, haciendo sonar su cencerro cada vez que al andar chocaba con las rodillas, consiguieron llegar delante de sus respectivas casas.

La cascada de luz desacostumbrada que salía de la tienda de comestibles de los Pi les dejó petrificados y azorados, sin ánimos para entrar.

De pie, en medio de la tienda, entre sacos de judías, bacalao y barriles de arenques, estaba el señor rector, revestido, sosteniendo en sus manos blancas y flacas el píxide del Sagrario, mientras Pi y los vecinos, arrodillados con unción, bajos los ojos y con una vela encendida en la mano, escuchaban atentamente las palabras del *Te Deum*, que entonaba el cura.

Los rapaces se quedaron fríos al encontrarse ante aquella escena solemne y que jamás pudieron figurarse.

Acabada la triste ceremonia que procura la salvación del alma, acompañándola en el viaje misterioso, que no tiene regreso, el viático salió de casa de Pi, seguido de unas cuantas personas piadosas y valientes para afrontar el mal tiempo que reinaba, dejando en el interior de la casa una ola lóbrega de tristeza desgarradora al ver fallida la última esperanza.

La madre de Letes, la pobre Marion, la mejor ser de la casa, el alma de la familia, joven todavía, se moría, a pesar de cuantos remedios se intentaron y de las visitas y consultas de tantos y tantos médicos y cirujanos que habían acabado con el escaso caudal de su pobreza.

Después de diez años de matrimonio y cuando los deseos exagerados de ella y de su marido de tener hijos parecían apaciguados, llegó aquella niña sonrosada y

blanca como su madre llenando de luz y alegría la casa, llevándose, empero, para siempre, la salud, fuerza y valor que tuvo y galardeó María.

La tienda de comestibles que su actividad y galantería hizo prosperar, contaba, al enfermar, casi todo el pueblo por parroquianos. El reposo la hubiera mejorado, pero ni su genio le permitía estarse con las manos cruzadas, ni el trajín del establecimiento se lo hubiese tampoco permitido.

La pobre, consciente de su enfermedad, padecía en extremo, más que por ella, por los demás. Pensaba en su marido, tan bueno, sí, pero de carácter débil para regentar el negocio y la casa; en su hijita de nueve años, que no podría comprender lo que perdía al desaparecer ella y que tampoco podía confiar a nadie que fuere lo bastante enérgico, para que, una vez mujer, la dominase con tacto y estima su natural voluntarioso y su temperamento apasionado, y la angustiaba su pobre suegra, viejecita, que le había cuidado y querido siempre y a la cual dejaba una carga demasiado pesada para sus fuerzas debiles.

Pero el destino sigue su camino sin torcerse. La enfermedad había seguido su curso, devastando y amenazaba con acabar, aquella misma noche, con las escasas fuerzas y vida de la infeliz. Presintiéndolo, ella misma había pedido los Santos Sacramentos.

La pobre abuela, que no sabía lo que le pasaba, pedía, desconsolada, a Dios, la vida que tanta falta iba a hacerles, y azotaba con sus manos el aire como si intentara apartar a la intrusa que, impalpable e invisible, sin ruido sentía que iba acercándose despacio.

Mariona, después de un largo silencio, levantó los párpados y al verse sola con los suyos, alargó la mano, carnosa y fina, por la hinchazón y falta de trabajo, buscando la de su marido, agitadamente, exclamando en voz baja y fatigada mientras se la estrechaba:

—Piensa en nuestra hija, Jorge. Si algún día se te ocurre volver a casarte, ¿me prometes que lo harás?

Jorge no respondió, movió sólo varias veces la cabeza en señal de asentimiento.

Los chicos, amedrantados, ante aquel silencio en la tienda, se refugiaron en un rincón de la habitación,

atontados y acurrucados uno contra otro con la mirada llena de curiosidad.

La enferma, incorporada en la cama, rodeada de almohadas, había agachado de nuevo la cabeza, amodorrada y entornados los ojos.

Hacía ya mucho tiempo que duraba esta situación, cuando la enferma volvió a removerse, abrió los ojos, empañados y fijos ya por las sombras de la muerte, que se acercaba y pidió por su hija con voz trapajosa.

La abuela, pronta, la cogió en seguida, encaramándola en el lecho de su madre.

En el rostro de Mariona, al sentir a la niña a su lado, se dibujó una lucha interna y terrible de ternura y desesperación.

Desasossegada, quería cogerla sin que sus manos torpes obedeciesen a su voluntad; y aterrada como si con la doble vista de los moribundos viese un porvenir tenebroso para su hija, le dijo con voz interrumpida a cada momento por un sollozo:

—Tienes que contar a tu abuela todo lo que te pase cuando seas mayor, ¿lo oyes? Suegra, haced que os lo cuente, aconsejadla y obligadla a que os obedezca siempre, siempre...

El esfuerzo supremo que le costó pronunciar estas palabras, fué el último. La conclusión de la fuerza paró súbitamente el resuello, el estertor se hizo más hondo y cavernoso, haciéndose cada vez más débil; la frente se humedeció con un sudor frío, helado, sin que nadie pensase en secárselo.

Intentó, de nuevo, abrir los ojos, en blanco, que ya no veían, dejando caer dos lágrimas, y las manos arrugaron febrilmente la sábana. Un suspiro, suave como el de un niño al adormecerse, abrió su boca y, con un ligero y suave movimiento de párpados, estirando los miembros, se quedó quieta para siempre.

Jorge no se movió, el golpe que acababa de recibir le había aplastado. La abuela, lanzando un chillido penetrante, se echó encima de la muerta llenándola de besos y lágrimas.

Letes, al oír el grito, fijó la mirada en su madre, y al ver las manos ahladas y aquella inmovilidad aterradora, saltó de la cama y lanzó el cencerro, que al chocar con el suelo dejó oír una oración cadenciosa y plañi-

dera. Amedrantada y trémula, corrió de nuevo a arrebujarse junto a su amiguito, único forastero y testigo de la natural y dolorosa escena que acababa de desarrollarse. A los pocos minutos invadió la estancia un silencio aplomado y emocionante y una quietud más solemne que otras veces... El reloj de la parroquia tocó, en aquel momento, las diez.

Jorge lloraba, con sollozos entrecortados, inclinado sobre la cama, y zarandeándole los hombros. La vieja, abatida, como si estuviese metida dentro de un sueño penoso, que ella se esforzaba en decirse que era falso, miraba estúpidamente las manchas de barro que su nieta había dejado encima de aquella cama oliendo a laurel y a colada, que ella misma había adornado para recibir al Rey de reyes.

Los rapaces, muertos de frío y de miedo, salieron de la estancia sin separarse un ápice, dirigiéndose instintivamente al hogar, en busca de calor, que abandonado hacía ya mucho tiempo, se había apagado sin dejar ni tan siquiera rescoldo.

Mientras tanto, la nevada era cada vez más tupida, amontonándose la nieve por los rincones hasta regular altura.

El frío reinaba fuera y dentro de la casa, frío y helado como el cadáver tendido encima del lecho; como el vaho que enviaba el viejo Montseny, blanco hasta la cúspide.

¡Qué invierno aquel, tan triste y pavoroso, tan desesperante!

II

El frío había desaparecido. Había terminado el invierno.

La chiquilla de casa Pi, la atolondrada compañera de Manuel, era una de las que más anhelaba visitar la fuente y la que más dificultades tenía para encontrar el momento oportuno de la escapadita.

Su padre, aplastado, decaído por la muerte de su mujer, no había conseguido, en los diez años transcurridos, quitarse aquella espina del corazón. Muriéndose poco a poco de añoranza, arrastrándose por la vida, sin ilusiones ni deseos, como la yedra arrancada del árbol que la sostenía, no le dejaba un momento el recuerdo de Mariona, y, por lógica asociación de ideas, el recuerdo le conducía a las palabras que minutos antes de morir había dicho a su hija y a las que dirigió a la abuela recomendándosela. Y contra todo lo que era de esperar en él, dadas sus condiciones, aquel hombre débil, impotente para hacerse obedecer, había ordenado a su madre que prohibiese en absoluto a Doloretas el ir a la fuente a la hora en que se reunía allí la gente joven.

La chabala sabía de sobras cómo conquistarla. ¡Sus ojazos azules pedían de un modo tan lastimoso y la contracción de su boquita era tan traidora! ¡Se mecía con tal gracia su cuerpo gentil!

—Es una manía, una terquedad vuestra y del padre. ¿Qué mal hago yendo por agua?

—Ninguno si sólo se tratase de ir por agua, pero puedes encontrarte alguien que...

—¡Pero, abuela, si no hablo nunca con quien creéis!

—¡Ah, bachillera! No mientas, que en este mundo todo se sabe. Dice la gente que es un joven vicioso y un gandul; por eso no es de nuestro gusto.

—La gente habla sólo porque tiene lengua... ¿Qué les importa lo que haya podido hacer o dejado de tener? ¿Por qué han de meterse donde no les llaman ni les importa? ¿Por qué cuidar de la conducta de los demás, cuando tanto trabajo tienen con la suya? Cada cual es dueño de sí mismo y de hacer lo que le dé el gusto y la gana.

—Dueño de sí mismo, sí, tienes razón; pero como el mal no puede hacerlo solo... Escúchame: Dios sabe con qué intención quiere metérsenos en casa, porque como tú no eres franca, no sabemos lo que piensa.

—No lo sabéis porque está ofendido del comportamiento de padre y del vuestro; además, al que no puede ver es a Manuel, y en eso no me negaréis que tiene razón que le sobra. ¿Es, acaso, algo mío para meterse en todos mis asuntos? ¡Que nos deje tranquilos a los demás este lisiado!

—¿Qué es ese modo de hablar de Manuel? ¡Tú no ves lo desagradecida que eres, el alma negra que enseñás, lo ingrata con una persona que sólo quiere tu bien y tu felicidad!

—Cuando se sulfura uno, se dicen muchas cosas que pesan después. Si no nos criticasen, tampoco diría él nada, y tal vez con el tiempo alguien se arrepentirá de haberle ofendido.

—¡Mientras éstos no seamos nosotros, de los demás me importa un bledo!

—¿Nosotros? ¿Por qué vamos a padecer de ello? Y yo menos que nadie. Precisamente me está siempre diciendo que soy diferente a todo el mundo y juzga la única persona que le aprecia tal como es.

—¡Mira la mocosa!—saltó la abuela.—¡Crea que no le hablabas nunca! Ahora mismo, corriendo, quiero que me expliques lo que hay entre él y tú; de lo contrario, te juro que te lo hago confesar delante de tu padre y de Manuel.

—Es ya casi de noche, no hay en casa una gota de agua y he de ir por fuerza a la fuente—exclamó, roja como una amapola, Dolores, desviando repentinamente la conversación, cogiendo el cántaro y volcándolo.

—¡Ah, grandísima sinvergüenza!... ¡Mala, más que mala! ¡Si estaba casi lleno!—exclamó la vieja al ver el agua que salía de él a borbotones.

La muchacha, mientras acababa de escurrirse, estalló en franca risa y salió corriendo.

—¡Por puntillo, no quiero ahora que vayas! ¡Chiquilla! ¡Dolores!—gritó la abuela, dejando encima de la mesa el montón de judías que estaba limpiando, y saliendo decidida tras ella.

Al ver que doblaba ya lo alto de la calle, se detuvo súbitamente y, moviendo la cabeza, murmuró, entrando de nuevo en casa, arrepentida de su condescendencia:

—No tenía que haberla dejado ir. ¡No permita Dios que tantas contemplaciones nos duelan algún día!

Y preocupada volvió a su labor.

Al poco rato, una voz amiga le llamó a su espalda:

—Buenas tardes, abuela. ¿Tampoco está hoy Dolores?

—No, Manuel; ha ido a la fuente, pero volverá enseguida—contestó la vieja sin volver la cabeza; de sobras sabía quién era el que se lo preguntaba.

El jorobado de casa Teixidor, el inseparable compañero de Dolores, se dirigió directamente a su asiento acostumbrado, una silla baja colocada frente los sacos de trigo, cerca de la vidriera de la trastienda. Allí estuvo, triste y abatido, cruzadas las manos sobre las rodillas y más amarillo que un desenterrado, húmedos de lágrimas los ojos. Los celos venían royéndole, hacía algún tiempo, el corazón, pero antes de mostrarlos se hubiese hecho trizas. Hacía poco, era feliz todavía.

A la hora en que, una vez finido el trabajo del taller, iba a pasar el rato, sin faltar un solo día, a casa de Pi, solía encontrar a Dolores, sentada junto a la vidriera, haciendo encajes o ganchillo, mirando, distraída, las escasas personas que transitaban por la calle. Embobado pasaba el tiempo contemplando la moza, que a pesar de sus veinte años había variado poquísimo, continuando tan alegre y risueña como siempre y que expresaba, con su temperamento fogoso y decidido, con gran vehemencia sus sentimientos. Voluntariosa y mal criada, no tenía espera, quería resueltamente cuanto deseaba, aunque supiese que la perjudicaba. Seguía dominando a su compañero, solía hacerle bromas pesadas, que él no seguía, y estallaba, a su vaivén, en fuertes risotadas, que él no coreaba.

Parecía una inconsciente que no se daba cuenta de aquella terrible mutilación, y se había olvidado de aquella caída, que en día tan señalado como el de la muerte de su madre, le había dejado maltrecho para el resto de su vida, no obstante haber seguido, entonces, punto por punto el rosario de quejas y lamentos que profería el infeliz al operarle y visto los tumores horribles que dieron en tierra con aquella naturaleza sana y robusta.

Al pobre mutilado, el ser raquítico, befa y escarnio de la pillería del pueblo, le parecía, al sentarse en la silla, que se le iluminaban las tinieblas del alma dispersando los tenebrosos pensamientos, meciéndole suavemente una ola llena de esperanza, que tenía de carmín el demacrado rostro y hacía correr por sus venas un anhelo, deseo y afán de verse comprendido y querido.

Al despertar de tan delicioso sueño y ver la realidad de su estado, la cara adquiría un color verde intenso, sus ojos se ahondaban y se intensificaba el desespero de la mirada y se le aparecía en toda su crudeza aterra-

dora el pensamiento de que un ser como él no podía ser amado de verdad.

Dolores le quería a su modo y le agradaba tenerlo a su lado; no lo dudaba; pero veía también y conocía que para ella no era un hombre, serio, Manuel, el compañero de travesuras, del que se podía fiar y con el que reía a sus anchas.

La llegada de Narciso, el hijo segundo de casa Muns, con los galones de oficial y veinte y ocho duros de paga, cayó, como una desilusión terrenal de las más grandes, en el sueño celestial en que Manuel se había metido.

Siso, reenganchado, había servido en Cuba con el grado de sargento y ascendido allí a oficial, creándose en el refinamiento de los vicios e indolencia, propios de aquel clima excitante.

Una vez perdidas las colonias, regresó destinado a Vich, y una vez por lo menos, por semana, salvaba los tres cuartos de hora que le alejaban de su casa para ir al pueblo a lucir su figura, realzada por el brillo del uniforme, eclipsando así a la juventud con su desprendimiento desdénoso y su desvergonzado atrevimiento. No le faltaba aprender ningún vicio, era jugador, borracho, pendenciero y falso, y sobresalía en todos.

Al ver a Dolores, hecha una buena moza, la más vistosa del pueblo, se prendó de ella y lo que tal vez no hubiese pasado de un capricho, tornóse deseo y testarudez a la antipatía que le mostraron Jorge, la abuela y especialmente Manuel.

Al ver que le disputaban la presa, quiso hacer la saya. Antes que Manuel se diese cuenta, descubrió él lo que sentía, el lisiado, por Dolores, y como desde chiquillos se la tenían jurada porque nunca le admitieron en sus juegos, vio llegada la ocasión de vengarse.

Con calculada traición y para asegurar mejor el golpe, giraba alrededor de la doncella sin decirle nada, como el gavilán da vueltas alrededor de la paloma antes de clavarle las garras.

Este proceder, tenía ansiosa y desvelada a Dolores; le atormentaba la impaciencia de una cosa cierta que no acababa de llegar.

Confiada en el presente, satisfecha y feliz cuando él, al fin, empezó a zumbear en sus oídos la música de amor que encanta y es siempre nueva la pasión, fué aumen-

tando hasta adquirir tal poder, que puso en ella la confianza firme de que ella se la derrocaría la prevención que contra él tenían todos los de su casa.

Y desde este momento, cada día, al salir su padre de la tienda para asuntos del negocio, se desarrollaba en ella la misma lucha entre abuela y nieta, y cada día Dolores volvía a la fuente por agua y Manuel tenía que esperar un buen rato para verla llegar satisfecha y alegre, lleno a rebosar, el corazón, de gozo y tan distraída, que se quedaba confusa y sofocada, al preguntarle en qué pensaba, contestando con risas y fuera de tono.

Mientras, el alma del infeliz lisiado iba desfalleciendo y su mirada iba adquiriendo el color blanco de los osarios.

El pobre adivinaba, en aquella distracción, todo el estallido de su amor. El vaho de juventud y de pasión que traía de fuera le envolvía, haciéndole estremecer hasta la médula de los huesos, como el que siente el contacto de una mortaja, cruzando entonces su pensamiento una sucesión de ideas desgabelladas. Tan pronto que debía dirigirse al militar para rogarle que la dejase diciéndole que podía exigirselo por ser aquella muchacha algo suyo y no la merecía, como se le acudía ir a amenazarle de muerte si no se casaba con ella.

También se le acudió muchas veces, no volver nunca más a la tienda de Pi, huir de la lucha que le aplastaba y consumía, pero una fuerza, más poderosa y avasalladora que su voluntad, le conducía, inconsciente, de nuevo a la silla, junto a los sacos de trigo, cada día más abatido y con un infierno interior que le devoraba.

—¿Te parece, Manuel—le dijo ese día la abuela, al iniciar la conversación,—que Siso se casará con la ohica y se enmendará?

Haciendo un esfuerzo supremo, Manuel encontró todavía fuerzas para contestar:

—Sí, abuela, sí. Por lo menos, así lo creo. ¡Cuántos, como él, han sentado la cabeza al casarse y continúan siendo unos buenos maridos!

—¡No lo sé, no lo sé! Como ella no nos dice nada, me da un miedo y una angustia ese muchacho; no las tengo todas conmigo, es capaz de cualquier cosa; porque desengáñate, Manuel, esos Muns son de mala ralea.

¡Señor! ¡Dios mío! ¡Por qué no te escogió a ti y no hubiésemos tenido nada que temer!

El jorobado no contestó; un sollozo contenido por la fuerza de su voluntad rasgó su pecho y los párpados palparon largo rato.

—¡Hoy sí que tarda, la descarada!—dijo la vieja pasado un buen espacio de tiempo, disimulando con su tono festivo y ligero el ansia que la consumía.—Como los pasados días hizo un tiempo tan malo y su padre ha ido lejos, se aprovecha la grandísima bribona.

Después de estas palabras reinó de nuevo el silencio, quedando los dos dueños de sus preocupaciones y reflexiones respectivas. Sobre ellos flotaba un malestar profundo; la quietud sólo se veía interrumpida por el acompasado y monótono tic-tac del reloj de pesas colocado en el rellano de la escalera.

III

En plena canícula; poquito a poco, la animación y el rumor que durante un corto espacio de tiempo había conmovido y sacado de quicio el soporífero pueblo, fué calmándose hasta dejarlo de nuevo en una paz pastoral y en la amortiguada quietud de siempre. El toque de oración lanzado por el viejo campanero del pueblo, puso fin al poco rato al primer día de la novena de Santa Ana que anualmente se celebraba antes de la fiesta mayor.

La romería que tenía lugar en su ermita, el día antes de la festividad, era para los feligreses una de las fiestas más grandes, alegre y quizás más deseada que la mayor.

Por esta razón se afanaban todos a más y mejor para recoger, como las hormigas, los comestibles y prepararlos, dejándolo todo arreglado, incluso la cena, a fin de gozar mejor y más libremente la jornada de diversión y alegría.

No obstante, aquel canto solemne y patriarcal con que las viejas campanas anunciaban la próxima alegría, no resonaba igual para todos.

En casa de Pi llevaba una sombra de tristeza, extendiendo un velo de luto más doble cuanto más brillante y gozoso era para los demás.

Dolores, sentada de nuevo en su sitio obligado de la trastienda, vestida de luto por la muerte de su padre, ocurrida dos meses antes, con las manos cruzadas sobre el regazo y cabizbaja, estaba pensativa, preso su espíritu por ideas fastidiosas, sin que lograrse nada distraer su atención, ni aun el ruido desacomunado y la animación, que el retorno al hogar en aquellos días de tráfico llenaba hasta los rincones más apartados de las tristes y solitarias calles.

Manuel, a su lado, veía, no sin rebelarse contra sí mismo, añadirse un día más al montón de los días perdidos.

—Han principiado ya la novena, según creo yo. ¡Ay, Señor! ¡Pobre padre! Tanto que le disgustaba el que faltásemos un solo día y tanto como disfrutaba en la romería...—exclamó Dolores, secándose las lágrimas que se escurrían por sus mejillas al recuerdo del desdichado Jorge.

—Los últimos años no disfrutó mucho en ella—contestó, conmovido también, Manuel.—Desde la muerte de tu madre no logró rehacerse ni tranquilizarse más; no encontraba goce alguno en continuar viviendo. ¡Pobre Jorge!

—Tienes razón; ni tan sólo pensaba en mí.

—No lo digas; al contrario, te quería con locura; lo que le ha matado ha sido la pena de no poder dedicarse a ti por entero. Tu madre dirigía su voluntad; muerta ella, se quedó como un cuerpo sin alma.

—¡Hoy se cumplen los dos meses! ¡Parece mentira cómo vuela el tiempo! ¡Para la gente dichosa debe pasar como una exhalación!

—No lo miden, como no lo medías tú tampoco cuando eras feliz. Yo sí que no puedo blasonar de ello; ni de la infancia guardo buenos recuerdos.

—¡Lo veo tan lejano, tan lejano, ese tiempo, que me parece haber transcurrido una eternidad!

—Lo ves lejano porque tuviste ilusiones y has disfrutado.

—¿Y tú, no?—le preguntó ella, abriendo de par en par los ojos y mirándole extrañada.

Aquella pregunta, tan inconsciente y fría, que llevaba dentro un enorme mundo de indiferencia, le sorprendió tanto, que no pudo contestar de golpe.

—¿Con los años que tienes, vas a hacerme creer que no tuviste jamás ilusión alguna? ¡No, no lograrás que te crea!—repitió Dolores con el egoísmo indiferente del que quiere hacerse siempre la víctima.

—Mis ilusiones—contestó Manuel, en cuyo corazón sangraba la herida,—contemplándolas un instante con pasión, morían al nacer; por eso no he podido guardar ninguna.

—¿Por qué? ¿Qué te falta?

Manuel, alterada la voz y echando chispas por los ojos llenos de recriminaciones, contestó:

—¿Preguntas qué me falta, Dolores? Pues ser como los demás para poder gozar como ellos de la vida y ser amado; poder quitarme de encima este sello que, como castigo de no sé qué falta, me condena al desprecio y a la mofa, sin tener yo culpa alguna.

—¡Virgen Santísima! ¡Si que lo tomas con calor, hijo! Ahora sí que creo que te ha hecho padecer; pero no tienes razón, no, porque, que yo sepa, nadie te ha escarnecido, y menos en esta casa, donde siempre te hemos considerado como si fueses de la familia.

—No lo he sido para todos, como de familia; Dolores; por tus padres, que Dios tenga en la Gloria, y por tu abuela, sí; pero para ti, no; tú conmigo has sido muy distinta.

—He sido igual que ellos para ti; lo que a ti no te ha convenido verlo así, porque quizás esperabas otra cosa. ¿No tenías bastante con esta estima?

—Te equivocas, Dolores; sí, yerras completamente. Si así hicieron que lo vieses, te engañaron. Jamás esperé nada de ti, y, de haberte fijado, hubieses adivinado hasta qué punto mi corazón te quería y consideraba. Entonces sí que me hubieses dado una prueba de la estima que dices tenerme.

—¿Una prueba? ¿Cuál?

—La de ser franca conmigo, que siempre quise solamente tu bien.

—¿Franca? ¿De qué tengo que serlo?

—De lo que te pasa.

—¡Pero si no me pasa nada!

—No mientas; lo sabes mejor que yo; y por eso quiero que me expliques lo que adivino—dijole en voz queda acercándose a Dolores.—Quiero que me lo confieses, no por curiosidad de saberlo, sino para consolarte y darte ánimos y sostenerte.

—No tengo nada, ni me pasa nada que necesite ayuda de nadie. ¡Vaya una terquedad la tuya!—repitió la joven, enfadada, mientras la contemplaba tiernamente.

—Sí; no mientas, te repito; no me lo niegues; y si hoy me he determinado a plantearte la cuestión, es porque no quiero que sea víctima también de ello la pobre-cita abuela, que no lo resistiría, porque ya no puede más con la pesada carga que entre Dios y tú habíais puesto sobre ella.

—¿Y a qué viene eso de que tú ahora me hagas cargos a mí? ¿He sido alguna mala hija, o he correspondido mal al amor que tuvieron por mí los míos?—saltó Dolores levantando la voz, sintiéndose herida en su orgullo y mortificada por la intervención que por primera vez tomaba Manuel en sus asuntos. De ellos era sumamente avara; eran suyos, bien suyos, y del mismo modo que guardaba, como reliquias, en el fondo de su corazón, los momentos de inolvidable embriaguez y vanidad satisfecha, quería guardar también las punzantes pruebas que la suerte le preparaba y el desengaño amargo que presentía.

—Hasta cierto punto fuiste mala hija, Dolores, porque no habiendo escuchado los consejos del que miraba por ti, te despeñaste arrastrando el cuerpo agobiado del pobre viejo, que no despertó en ti ni una brizna de compasión, a pesar de haberte allanado el camino toda tu vida y haberte quitado todas las espinas que podías encontrar a tu paso.

Las mejillas de Dolores, al oír estas palabras, iban perdiendo la palidez que hacía tiempo tenían; su rostro se arrebolaba; una ola de sentimientos hervía en su corazón; como mariposa cogida en la red, pugnaba por salir de ella.

Airada, loca de indignación, se irguió mirando a Ma-

nuel con desprecio, y con satisfacción cruel, tan cruel que el lisiado sintió un calofrío mortal en todo el cuerpo, dijo con voz entrecortada por el temblor:

—¿Crees que porque nos haces el favor de encargarte de la tienda y de ayudarnos desde que murió mi padre, tienes derecho a hablarme así? ¿Es que pones precio a los favores?

En el pecho del jorobado estalló un grito de angustia al ver profanada su buena fe y malgastada la más sublime y noble de las acciones.

—¡Sí, sí!—repitió ella, excitándose más cada momento, gozándose en ello.—Porque si no fuese así, si no buscases algo, ¿quién eres tú para pedirme cuentas ni para hablarme así?

—Siéntate y no chilles—contestó con dulzura Manuel, cogiéndola por el brazo.—La abuela está a punto de volver de la iglesia y no quiero que oiga ni se figure nada. Eres injusta, sin duda porque no comprendes el sentido de mis palabras y estás sulfurada. Volveremos a hablar de eso otro día que estés más serena, y te darás cuenta de lo que significan. Acabas de preguntarme quién era yo para hablarte así. Voy a contestarte. Hasta ahora nadie, desde hoy quizás más que nadie, porque los demás no pueden, en esta situación, hacer nada por ti, y yo puedo salvarte.

Existen almas que se comprenden. Dolores entonces vio claramente la abnegación y resignación de su leal compañero, que a sus ojos quedó de tal manera engrandecido y desfigurado hasta el punto de aparecerle con una belleza que jamás había sabido ver. Y domada, contra su propia voluntad, bajó la cabeza al peso de una vergüenza franca y clara como la que son capaces de sentir solamente las almas grandes.

El solo hecho de no acusarla era la mejor prueba del profundo y desinteresado amor que por ella sentía Manuel, al mismo tiempo que la certeza, la confirmación más fiel de su abandono.

Y, aludiendo a Siso:

—Entonces, ¿es cierto que se casa?—preguntó al cabo de un rato, dejando al descubierto su corazón, con voz tan débil que, más que el oído, oyó la voluntad del jorobado.

—Sí—contestó éste;—y si no hubiese estado seguro,

por las pruebas que tengo, no te hubiese hablado como acabo de hacerlo. Se casa por dinero y se marcha lejos, muy lejos; entre sus juramentos y tu confianza, pone de por medio el mar. Ya puedes ver que de él no puedes esperar nada. A mí me encontrarás siempre dispuesto a hacer lo que quieras. Piénsalo bien, medita lo que te conviene, si no quieres hacer de tu hijo, antes de nacer, un bastardo.

La palabra, degradante, de avance, para el ser inocente que llevaba en su seno, hirió hasta el fondo del alma a Dolores; por su rostro se deslizaron lágrimas como puños y en la estancia reinó un prolongado silencio de muerte, sólo interrumpido por los aullidos de un perro encerrado en el patio. La mirada de la infeliz, fija en el cielo constelado de sonrientes estrellas, aunque impasible y mudo, tenía la expresión de loco desespero y rabiosa impotencia.

Los innumerables hilos de sus ilusiones acababan de romperse, dejándola en pleno mundo real. La irritaba tanto como su debilidad de haber cedido al militar, el movimiento inconsciente e irreflexivo que le hizo se confesara a Manuel, de todo lo cual sólo le quedaba la vergüenza estéril de haber salido vencida.

Cuando la abuela entró en la tienda, las campanas de la iglesia repicaban los últimos toques de vísperas.

La viejecita no parecía la misma. Los años, las penas y los achaques habían arrugado su apergaminada piel, parecida a la corteza de un roble centenario, y anudado los miembros como las ramas en que no llega la savia.

Casi nunca salía de casa; sólo por un supremo esfuerzo de creyente y resignada cristiana, iba al templo, que estaba a pocos pasos, escogiendo las horas en que acostumbra a estar desierto; y debajo de la amplia y áspere nave, en un rincón del altar más obscuro, rezaba primeramente para los difuntos, su marido, Jorge y Mariona, y después, agachada hasta el punto de hacerse casi un ovillo bajo el peso de su humildad fervorosa, pedía con toda su alma, a Dios, que le hiciese expiar todas las faltas cometidas por su nieta.

—Buenas y santas noches, Dolores—dijo la vieja al entrar en la tienda, levantando penosamente la cabeza, que, como la fruta madura azotada en el árbol por el viento otoñal, se columpiaba, y abriendo con sonrisa de

inefable y tierna dulzura los labios secos y descoloridos.

—Buenas noches, abuela—contestó Manuel, levantándose y huyendo de la claridad para ocultar la alteración de su rostro.—Os esperaba para deciros que si podéis prescindir de mí hoy me marcharé, pues tengo mucho que hacer en casa.

—Vete, chico, vete corriendo, y que Dios te pague lo que haces por nosotros—contestó la vieja, llena todavía de religiosa unción.

—Adiós—contestó el lisiado saliendo precipitadamente de la tienda.

Aquella noche, Dolores, como un autómatas y como si estuviese adormecida por los vapores del opio, hizo las faenas de la casa igual que los demás días.

Después de una crisis intensa de desesperación y rebeldía para huir del abismo negro que amenazaba con tragársela, acabó por perder la orientación de su conciencia, apoderándose de todo su ser un cansancio intolérable, una modorra estúpida que la tenía adormilada y sumergida en un sueño halagador y falso que le dejaba entrever la posibilidad de la llegada de algún acontecimiento que lo arreglase todo.

De repente, una queja angustiosa, que le pareció salir de sí misma, la despertó, sin librarla, empero, de la modorra. La idea de su desgracia, que tenía incrustada en la mollera, se le apareció clara y precisa, posesionándose de toda su persona. Hacía tiempo que se había dado cuenta de ella, pero jamás como en aquel instante había medido sus consecuencias.

Otro gemido, débil como la vejez, trajo a su imaginación a la vieja y santa mujer que su egoísmo tanto fustigó y a la que mantuvo y mantenía en la ignorancia de todo; y por sucesión de ideas surgieron recuerdos de su infancia que le hicieron ver cuanto había hecho por ella la pobrecita vieja.

Y por el arte mágico del recuerdo volvió a los días de verano, llenos de sol como ahora, cuando con Manuel a sus órdenes, gozando plena libertad, se hartaban de travesuras, y luego, más tarde, cuando llena de ilusiones y rica de esperanzas gozaba una vida cuyo rastro sólo era un desengaño humillante y un sello de vergüenza eterna.

Y en medio de aquel batiburrillo de ideas y sentimien-

tos, su natural fogoso y resuelto acabó, como siempre, por imponerse. Las palabras de Manuel pesaban, como una losa de plomo, sobre ella, y queriendo, frenética, probar a su abuela su cariño y arrepentimiento a la vez, saltó del lecho y empezó a vestirse aprisa y corriendo.

Un nuevo gemido, más débil todavía que los anteriores, casi apagado, la desperezó del todo. Atemorizada, temiendo una nueva desgracia, corrió al cuarto de la vieja. Al verla inerte en la cama, lanzó un grito de pavor. Con la mirada vidriosa, torcida y contraída la boca, el cuerpo encogido de la anciana, iluminado por la tenue luz de una mariposa, que dibujaba sus formas esculpidas, parecía un cadáver amortajado.

—¡Abuela! ¡Abuela!—gritó Dolores sacudiéndola y estrechándola contra su pecho con todas sus fuerzas, como si quisiese injertar en aquel cuerpo frío parte de su vida exuberante, en plena juventud.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Me oyes, abuela? Te lo contaré todo, todo, y haré cuanto me ordenes, por más que me cueste. ¡Pero háblame, háblame, por Dios!—repetía sacudiéndola.—No, no me mires con estos ojos acusadores, que me hielan la sangre, ¡no, abuelita! Mírame como antes, como siempre, con aquel amor y aquella ternura que sólo tenías para mí. ¡Mírame, abuela, mírame así! ¡Vuelve a ser lo que fuiste!... ¡Ah!—añadió lanzando un grito de angustia y colocándose sobre el pecho las manos para calmar el dolor que sentía en las entrañas.—¿Tan grande es esta culpa, que el castigo ha de recaer sobre los vivientes?

Retrocediendo, entonces, puestos siempre sus ojos en aquellas órbitas socavadas, en aquella mirada de agonizante que la seguía llevándose la poca esperanza que le quedaba, salió a la calle, desorientada, desalentada, en busca de Manuel.

Después de unas horas de angustia y martirio, en manos la enferma del médico y cuidada por algunas vecinas, que mitad por compasión y mitad por curiosidad, se ofrecieron, vuelto todo a la quietud que suele preceder a las grandes catástrofes, Manuel y Dolores se quedaron solos; a la cabecera de la cama, ella, estrechando entre las suyas la mano de la abuela, fijos los ojos en la viejecita, como si le ofreciese sólo, absolutamente sólo a ella el sacrificio, dijo con voz clara y resuelta, a su com-

pañero, que consentía en ser su mujer y estaba dispuesta a pasar por todo lo que él dispusiera,

Entretanto, empezaba la claridad rosada de la aurora a extenderse sobre la tierra, como la inmensa alegría que llenó el corazón del pobre lisiado al oír aquellas palabras.

Para los prometidos pasaron los nueve días del novenario de Santa Ana tristes y ansiosos, solos siempre y siempre mudos a la cabecera del lecho, espionando los movimientos de la anciana, atentos para complacer hasta el menor deseo que pudiesen adivinar en ella.

Y la enferma salió milagrosamente del peligro, adquirió nuevas fuerzas y se aferró otra vez a la vida con instinto y voracidad bestial, pero sólo a las necesidades materiales, con la luz de la inteligencia completamente extinguida, muerta para siempre la sensibilidad y buen sentido que la caracterizaron.

Una sonrisita alegre e inconsciente como la de un niño expresaba todo lo que su cerebro comprendía del drama íntimo que a su lado se desarrollaba; todas sus respuestas consistían en un «sí, sí» que la lengua arrastraba con ceceo dentro de la desdentada boca...

Al filo del alba de un día festivo, cuando todavía lucían en el firmamento las estrellas, salían Manuel y Dolores de la iglesia, ya casados, siendo objeto de las miradas curiosas de los campesinos, que, apesar de la hora intempestiva, madrugaron para ver la cara que pondrían.

Los novios, sacudidos por un batiburrillo de emociones de una diversidad que escapaba hasta a su mismo espíritu, regresaban, en la noche del misterio, a su casa, para seguir cumpliendo la misión.

Dolores, a pesar de su natural frío y resuelto, iba emocionada. La mirada de Manuel se abría alegre a la luz de la esperanza, después de una vida entera de sombra y tristeza.

Las campanas de la parroquia, escondiendo dentro de su envoltura de bronce un alma sensible a las tristezas y alegrías de los feligreses, comenzaron, radiantes de gozo y alegría, a repicar la fiesta, y mientras la pareja, confusa y absorta por su situación, continuaban silenciosos ante la sonrisita inconsciente de la abuela que abarcaba a los dos, corrían ansiosos al monte cuadrillas de mozos y mozas atolondrados, llenas las cestas de provi-

siones, en los labios canciones de amor y la alegría chispeando en los ojos.

El sol, asomándose por la espalda de la hermita de Santa Ana, alumbrando la colina que presentaba el aspecto de una resurrección gloriosa, iluminó las tiernas armonías y los idilios misteriosos de la Naturaleza, en pleno estallido de su maternidad.

IV

Al mediar el otoño, pareció, aquel año, que revivía el verano.

Era sábado; la hilera interminable de carruajes, carros, ganado y peatones que regresaban del mercado de Vich, animaban con la nota alegre de su charla y el ruido de los traqueteos, la carretera, rompiendo su monotonía.

Las tartanas ligeras de los mercaderes y ganaderos pasaban como una exhalación y se perdían, esfumándose en nubes de polvo.

Todos aprovechaban la esplendidez del día; encerrados en casa muchos días por el mal tiempo que les había regalado el «Cordón de San Francisco», caseríos y masías se despoblaron al lucir el sol, para que la máquina comercial rodase de nuevo.

Manuel, que necesitaba comprar varias cosas para proveer la tienda, fué de los primeros en aprovechar la bondad del día. El gasto de la abuela y las necesidades cada día mayores de la vida le tenían preocupado. Trabajaba sin descanso y con solicitud sostenía el crédito de la tienda, que le representaba el bienestar y las comodidades de Dolores.

Después de comer en Vich y entregar al ordinario el género adquirido, emprendió, aquel día, despacito el regreso a su hogar, no con el ansia del recién casado al que amorosamente aguardan unos brazos, sino con el abatimiento del que lleva dentro del alma una imagen

sombría que cubre cuanto en la vida podría encontrar bello y alegre.

La noche principiaba a extenderse y arreciaba el frío, dándole calofríos; pero a pesar de ello no apretaba el paso y dejaba pasar los carruajes, que cada vez iban siendo más claros, y los peatones, escasos, rezagados, que se dirigían con premura a sus casas.

En una revuelta del camino, en los lindes de un bosque espesísimo de pinos y encinas, se quedó solo. La carretera estaba desierta; la obscuridad reinante y las siluetas de las sombras salvajes trepando por el collado; la masa compacta de la piedra y la broza que cubrían el suelo pusieron en su alma extraño estremecimiento, desbordando en ella, momentáneamente, la ola de rencores y de recuerdos odiosos que guardaba.

Y la rabia de los celos que despertó Siso al verle entrar en el pueblo cuando él salía, se impuso con fuerza avasalladora y pasó una nube de sangre por sus ojos, royéndole las entrañas un deseo tan grande de venganza, que le dejó clavado en el suelo como si de repente hubiese echado raíces.

Y allí, atontado, se quedó al pie de un árbol, esperando la vuelta del hijo de casa Muns.

Reinaba un silencio profundo; el ruido de los últimos carros y las pisadas de los rezagados se habían apagado del todo. Esa quietud de cementerio, rota sólo por el grito de alguna ave nocturna, dejaba percibir el rumor suave de las hojas muertas desprendiéndose de los árboles, o de las bellotas que, botando, caían de las encinas, rodando por el declive.

Después de larga espera, de conmovedora inmovilidad, Manuel, al que hasta su propia respiración estorbaba, percibió el ruido amortiguado de pasos lejanos que iban acercándose.

Poco tardó, efectivamente; en aparecer la silueta alta y bien dibujada de un hombre, destacándose, en negro, sobre el gris del camino, en la revuelta próxima.

Manuel, ciego de rabia y celos, saltó, como una gamuza, en su busca, al propio tiempo que levantaba el brazo y dirigía al corazón de su enemigo, con toda su fuerza, el cuchillo que un momento antes había sacado del bolsillo.

—¡Animal!—exclamó la voz airada del oficial, mien-

tras su mano, más firme y severa que la de Manuel, sujetaba, al vuelo, el brazo armado y con un empujón rechazaba el cuerpo contra el árbol.

Absorto, dejó Manuel caer el cuchillo. El primer movimiento de Siso fué el de un hombre violento, pero apenas vió con quién tenía que habérselas, se serenó.

—¡Animal!—repitió con calma, agachándose para coger el cuchillo.—¿No sabes que no naciste para criminal? ¿No ves que tú estás temblando de miedo de lo que vas a hacer, mucho más que yo de ser la víctima? Tienes suerte de encontrarme de buen talante hoy, porque si llego a dejarme llevar por mi genio te aniquilo aquí mismo. No quiero perderte; tengo pleno derecho a ello... Aquí tienes el cuchillo; tómallo, y si te atreves, mátame—añadió entregándoselo y cruzándose de brazos.

Manuel no contestó; no podía hablar. Le parecía que soñaba; las palabras de Siso repercutían en sus oídos como si llegasen de lejos, de muy lejos, o las oyese envuelto en un sueño angustioso; su rostro tan pronto se encendía como palidecía; contemplaba a su rival con los ojos abiertos, azarados, extraño de verle ahí, frente a él, en aquella hora y en aquel lugar.

—¿Por qué me miras así? Parece que no me hayas visto nunca. ¿No querías matarme, hace un momento?—añadió Siso con risa cínica.—Si te dura la rabia, aquí me tienes, sin armas y a tu merced.

A pesar de esta letanía de palabras, Manuel seguía mudo e inmóvil.

—¿Es decir—continuó Siso,—que querías vengarte? Tú, el manco, el cordero, convertido ahora en juguete de una mujer, has tenido valor suficiente para empuñar un cuchillo...

—Que te hubiese clavado, Siso, sí, hundido en las entrañas, de no haberme hecho traición las fuerzas.

—¿Y a qué es debida tu rabia?

—Por haber sido tú un criminal; porque deshonoraste a Dolores con la mala intención de dejarla plantada una vez satisfecho tu capricho.

—Vosotros me empujasteis. De no haber hallado tanta contra de parte de los que la rodeaban, quizás no hubiese pasado nada.

—Para hacerlo, se necesita ser un cobarde, un sinver-

güenza y desalmado, un mal nacido como eres tú, porque ella era inocente.

—Por eso fué la víctima.

—¿Y te atreves a decirlo?

—¿Qué querías tú que hiciese? ¿Que me casara con ella?

—Era lo que te tocaba hacer, de ser un hombre honrado, una persona decente.

—Si lo fuese, hubiese principiado por no hacerlo; pero, chico, yo soy así y no está en mi mano mejorarme. Y, además, como Dolores era una de tantas, no podía casarme con todas.

—Eres un clínico repugnante — iba murmurando Manuel al oír estas palabras.

—Y tú un desagradecido, porque al fin y a la postre lo que te he hecho ha sido un bien... y todavía me insultas.

—¿Un bien, tú... a mí?—repitió el jorobado mirándole a la cara sin pestañear, como dudando de lo que había oído.

—Sí, sí; un bien; sé perfectamente lo que digo, por más que te quedes como un bobo. Sino, oyeme... De no ser yo, ¿estarías hoy casado con Dolores? Di, hombre, di.

Manuel, absorto, ausente a toda sensación, le miraba sin contestar.

—Anda, hombre, contesta. ¿Es verdad, o no lo es, lo que acabo de decirte? ¡Rediez, y qué difícil es tratar con esa gente! ¡Les haces un favor y como pago intentan asesinarte! Tú, tú mismo, que eres un cordero...

—Y tú un ladrón—gritó exasperado y fuera de sí Manuel.—Sí, sí, un ladrón, que no tuviste bastante con robarle a ella la honra y la tranquilidad, sino que me lo quieres hacer pagar a mí, condenándome a una posición que me hace pasar los más atroces momentos del infierno.

—Que es lo que hoy precisamente te ha salvado, porque he reconocido tu noble acción. Además, si padeces de eso es porque quieres... Desengáñate, Manuel; la mujer quiere que la amen, y Dolores, al fin y al cabo, quiera que no, es tu mujer.

—Soy un desgraciado; jamás abusaré de la autoridad que me da ese derecho.

—¿Qué vienes a contarme? Desgraciado o no, eres un hombre como los demás, y por más que pienses y digas habrá muchos momentos que te darás cuenta de ello... espoleándote el deseo; eres joven y estás casado con una mujer guapa, que quieres. Déjate, pues, de cuentos y tonterías y aprovecha la ocasión. Ya ves si soy buena persona; y a cambio de tus malas intenciones te doy un consejo—siguió diciendo al ver que Manuel no contestaba, liando con calma, al mismo tiempo, un cigarrillo.—Y después de lo dicho, me largo. Adiós y buen viento. Puede que no volvamos a vernos; vengo de despedirme de los de casa, pues me marchó pronto. Te deseo buena suerte, y créeme, coge el lado bueno de la vida... Es todo lo que te llevarás de este mundo.

Y apagando la cerilla, que les alumbró un instante, emprendió la marcha canturreando un cuplet de moda.

Manuel permaneció sin chistar, mudo de estupor, sin más vida que la que le latía en las sienes. Ni tan sólo le vió marchar. Las ideas huían de su cabeza como las chispas del fuego.

Lo que acababan de decirle, removió hasta el rincón más pequeño de su alma. Más blanco que un espectro, avergonzado por la sensación de emociones vivas, de alternativas delirantes de vida o muerte, emprendió de nuevo el camino de su casa.

Dolores hacía tiempo que le esperaba; el retardo marcado la tenía nerviosa; iba y venía de la puerta para ver si llegaba.

—¿Me esperabas?—le preguntó Manuel al verla con cara de angustia.

—Sí. Estaba con cuidado; es muy tarde; y temía que te hubiese pasado algo. Dime la verdad: ¿no te ha ocurrido nada?—le preguntó al verle trasmutado, transparentando un interés que jamás había demostrado.

—No, no me ha ocurrido nada—contestó después de absorto silencio.

—¿De veras?

Al ver por el tono de la pregunta y por la mirada que no quedaba convencida, emocionado, avergonzado, bajando los párpados, mordiéndose los labios, con el pulso acelerado, cogiéndole la mano, mascullo, estrechándosela:

—Eres muy... muy buena, Dolores, de haber pasado un mal rato y preocupado tanto por mí.

Ella no demostró sorpresa alguna al oír tales palabras; encontró que era la cosa más natural del mundo darle a conocer la angustia pasada por su retraso. La diversidad de pensamientos de ambos le impedía ver la lucha que el infeliz lisiado sostenía.

—¿Quieres venir para ayudarme a dar la leche a la abuela? Yo sola no tengo fuerza bastante; he tenido que esperar a que vinieses; y ha pasado la hora—dijo Dolores dirigiéndose al aposento de la vieja, mientras él iba adivinando, con ardiente mirada, los movimientos de aquel cuerpo mejor torneado y más apetecible cada día, por el natural desarrollo que había adquirido.

Al colocar la anciana en el lecho, entre los dos, y sentir Manuel el roce y suavidad de aquella piel fina, al oler la ardiente emanación de juventud y de sensualidad ardiente que da la virtud caída, impotente para dominarse, ahogándole el río de sangre que se precipitaba en su corazón, besó el brazo blanco y turgente, desnudo hasta el codo, que ponía en aquel momento a flor de sus labios.

Azorada Dolores ante tal atrevimiento, se irguió súbitamente, retrocediendo para huir de la mirada que materialmente sentía morderla la epidermis y de los brazos y labios de fuego, pues en el desorden de su razón le parecían que buscaban los suyos.

Más tarde, sola en su cuarto, miraba el suelo contrariada y cruzaba los brazos apretándose con fuerza el pecho como si pretendiese defender la fidelidad al amor escarnecido, que se había jurado a sí mismo.

Nerviosa e irritada por el descubrimiento que acababa de hacer, encontróse de nuevo en tiempos pasados, abriéndose en seguida un abismo de desconocimiento entre los dos. Su espíritu, desligándose del sentimiento de interés y ansia que sentía por el compañero de su vida, ante el ultraje que se creía acababa de hacerle, admitió en seguida la revuelta y la preparación a la lucha que Manuel le presentaba.

Y entonces, unos celos maleantes, como jamás imaginó ni sintió por el otro, estallaron en su corazón. ¿Por qué no había conocido el engaño de aquel amor? ¿Por qué no adivinó que sólo servía para satisfacer el egoísmo

y deseo de un hombre que no miró dejarla en la mayor de las vergüenzas y con una capa humillante para todo el resto de su vida?

Vencida del todo, entonces, en esta lucha, por la rabia impotente que la obligaba a ser cruel y desagradecida, dejóse caer encima de la cama, sollozando desesperadamente al ver perdidas todas sus ilusiones, al propio tiempo que la tranquilidad relativa de la casa y familia, que, poco a poco, en los últimos días se hizo sentir más claramente.

En la calle y en la campiña, mientras, las hojas muertas de los árboles, azotadas por el viento otoñal, iban desprendiéndose sobre el suelo, con triste rumor, igual que en el interior de aquella casa las ilusiones segadas por el desengaño mataban el goce de vivir de dos seres en plena juventud.

V

Comenzaba a caer la tarde, eran sólo las cinco y la obscuridad era ya completa.

Manuel y Dolores, como si la garra de la fatalidad pesase sobre ellos con toda su fuerza, juntos, muy juntos uno de otro, abrazados, como sombras surgidas de la tierra, caminaban hacia el pueblo sosteniendo sus fuerzas físicas y enardeciendo, con su contacto y roce, su abatimiento moral.

Un remolino de viento, al pasar rozando el otero de Santa Ana, trajo a sus oídos, claro, limpio y preciso, el toque de la campana de la ermita llamando a los vecinos a rosario.

Ambos jóvenes se estremecieron al oírlo y, arrimándose más uno a otro, apretaron el paso como si huyesen de los rezos, que en aquellos momentos ahogaban el presente, desbordando todas las oleadas de recuerdos que guardaban.

Y para que no faltase nada a su emoción, la pared,

causa de la desgracia del pobre Manuel, les impidió el paso, más sucia y áspera que años atrás, maltratada por la inflexible mano del tiempo, que lo desmorona todo.

Traqueteados y molidos de cuerpo y alma, consiguieron llegar a su casa, lleno de tristes presagios el corazón y el alma ennegrecida por la pérdida de un ser amado que acaba de dejarse bajo tierra, lejos, muy lejos, para siempre, a pesar de separarlo una sola paletada de tierra.

Por eso, Dolores, al regresar del cementerio y entrar en la estancia en que no faltaba nada de lo que la abuela necesitó en vida, al ver de nuevo la cama vacía, en cuya cabecera pasó tantas horas de remordimiento, llorando por haber llegado tarde para darle la alegría de su casamiento con Manuel; al encontrar los cirios ardiendo todavía, sin alumbrar ya el rostro tranquilo revestido del último reflejo que da al cuerpo un alma pura como la de la pobre mártir; al pensar que ya no podía verla, sentirla, se echó sobre el lecho, musitando tiernamente:

—¡Abuela! ¡Abuela!

El grito débil de un niño interrumpió el silencio conmovedor; y ambos se sustrajeron repentinamente a sus reflexiones.

Era el hijito de Dolores que acababa de despertarse, después del largo sueño en que le mantuvo la mano amiga de una vecina, meneando la cuna, mientras ellos enterraban a la vieja.

Una sonrisa inconsciente y esperanzada y una mirada ansiosa arrancaron a la madre de los brazos de Manuel. Dolores corrió a coger aquel pedazo de su corazón, continuación tierna y novel de la abuela que venían de enterrar, cubriéndole de besos mientras con ahinco lo estrujaba contra su pecho.

Al dar a luz al débil ser, la llaga que manaba sangre de su corazón se cerró. La duda de lo que iba a ser de ella volvióse en firme confianza que mataba la vergüenza pasada, dando lugar a una esperanza alegre al ver cómo lo acogía Manuel.

Este se quedó contemplándola; aquella explosión tan natural de ternura, esta vez, sin saber por qué, le estre-

meció de pies a cabeza hasta el punto de hacerle tambalear al desprenderse ella de sus brazos.

En lo más íntimo del corazón, comprimiéndole con fuerza, tuvo siempre Manuel dos ideas solamente, una de amor, mezclada ahora con la del deseo, y otra de terror por su aislamiento.

Por eso, al ver salir de las lágrimas de añoranza de Dolores la sonrisa inefable de la madre que cuando tiene a su hijo en brazos nada le falta, se apoderó de él una desolación tan intensa que, acabando con las fuerzas de su espíritu, sacudió visiblemente su cuerpo, haciéndole exclamar, escondido el rostro entre las trémulas manos, con desesperados sollozos y voz imperceptible:

—¡Solo, solo! ¡Siempre solo!

Dolores, al darse cuenta de su amarga queja y ver la desesperación profunda del hombre que tanto la quería, sintió un gran remordimiento.

Y como en el corazón femenino abunda la contradicción y el misterio, aquel lamento fué esta vez, para ella, la recriminación más viva y cruel que su marido podía hacerle.

El sentimiento violento del amor que no podía corresponder solía helarle el corazón y hasta, a veces, irritarla; pero en aquel instante y circunstancias, aquel abatimiento, aquella queja acerba, que nada pedía ni exigía, aquella demacración de una vida condenada, la hizo sufrir moralmente, casi tanto como él padecía.

Toda la fuerza, la resolución entera que hasta entonces venía manteniendo, se cambió en extremada debilidad. Comprendió que se había apoderado de un hombre inofensivo, haciendo de él una víctima toda su vida; que sin moverla ningún sentimiento de compasión, sólo por egoísmo y vindicación de ella misma, había aceptado su sacrificio cruento de salvarle la honra, sin jamás tener en cuenta ni pesar lo que le costaba, a él, de martirio, y que igualmente se mantuvo fría e indiferente ante la mutilación del cuerpo que ante el aniquilamiento del alma.

Si en aquellos momentos hubiese podido quererle, lo hubiese hecho de todo corazón. La compasión por aquella vida breve fué tan grande y el remordimiento se posesionó de ella hasta tal extremo, que, sin lucha, de-

jándose llevar por el natural resuelto que tuvo siempre, se acercó a Manuel con el niño en brazos, y separándole las manos del rostro le dijo en voz queda, mientras las lágrimas iban cayendo sobre sus manos entrelazadas:

—No te deseo mal alguno, Manuel. No te abandonaré jamás, ¿sabes? ¿Por qué lloras, pues?

Esas pocas palabras de ternura le conmovieron hasta el fondo del corazón. Era la primera vez que las oía.

Y buscando, entonces, la mirada de Dolores por miedo de abandonarse a la esperanza de una alegría milagrosa, topó con la cabeza redonda y los ojos abiertos del niño, que con cara desfigurada le miraba porque era el objeto que tenía más cerca.

El parecido exagerado del pequeñuelo con su padre removió los recuerdos de su juramento, que guardaba, y la palabra imposible que venía carcomiéndole, siendo su eterna pesadilla acudió a su memoria, obligándole a retroceder un paso.

Dolores, al sentir el esfuerzo que hacía para desprenderse de sus manos y sorprender la mirada de duda y rencor que se fijaba en el hijo del otro, que venía a ponerse, como un nuevo obstáculo, entre ambos, sonrió adivinando todo lo que pasaba; y poniendo entonces el niño en los brazos de Manuel, le dijo bajo, tan bajo que casi él tuvo que adivinarlo:

—¿Verdad, Manuel, que no habrá diferencia alguna entre éste y los demás?

El lisiado sintió algo parecido a un aturdimiento de la conciencia al golpe de felicidad que acababa de recibir. Estaba tan poco acostumbrado a ello, que en su pecho estalló un gemido sordo, más parecido a una queja que a un grito de triunfo, al propio tiempo que iluminaba el fondo de sus ojos intensa alegría.

Al volverlos, resplandecientes y con un brillo particular por su alrededor, una claridad desusada le deslumbró.

Era la luna que, después de tantos días de permanecer escondida, dejando que el mal tiempo hiciese de las suyas, acababa de rasgar las nubes para lucir, otra vez, como reina y señora todo su poder, iluminando a la vez la albuza del paisaje y el primer almendro en flor, preludio y esperanza de la sonriente y fecunda primavera.



M.ª Mercedes Veñasco de Encinas